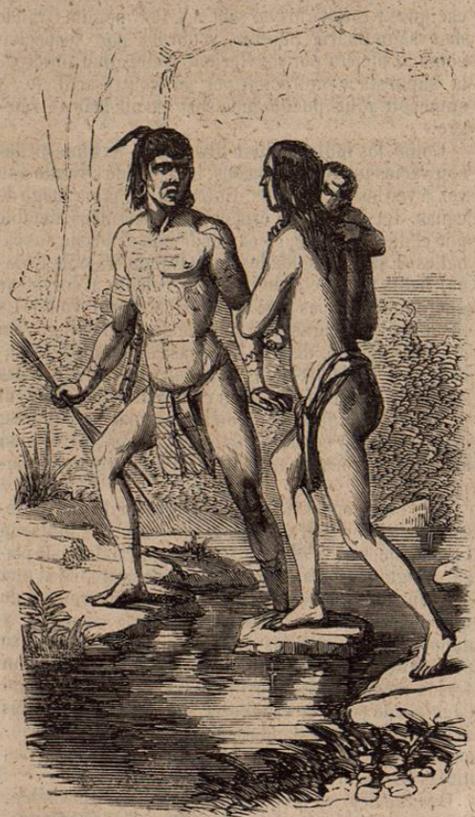


Diego Velazquez y Rodrigo Mejiatrillo mandaban, y no se permitió escapar ninguno. Entraron las tropas, y apoderándose de ellos, los amarraron á los postes que sustentaban el techo; á Anacaona se la llevaron prisionera. Se dieron despues á los desventurados caciques horribles tormentos, hasta que algunos en la extremidad de la angustia, se vieron forzados á acusarse á sí mismos y á su reina de haber entrado en la supuesta conspiracion. Acabada esta cruel mofa de las formas judiciales, en vez de pasar á nuevo examen, se pegó fuego á la casa, y todos los caciques perecieron miseramente en las llamas.

Mientras los caudillos perecian víctimas de semejante barbarie, era la plaza teatro de escenas aun mas horribles. A la señal de Ovando se precipitaron los ginetes por entre la indefensa y desnuda muchedumbre, atropellando á la gente con los caballos, hiriéndola con las espadas, y traspasándola con las lanzas. No hubo misericordia para edad ni sexo; todo fue carnicería. Alguna vez un caballero, ó por piedad, ó á impulso de la avaricia, queria salvar en sus brazos á un niño, pero las lanzas de sus compañeros le despedazaban ferozmente al punto mismo. La humanidad se desvia con horror de semejantes atrocidades, y queria desmentir la historia; pero están prolijamente descritas por el venerable obispo Las-Casas, residente á la sazón en la isla, y relacionado con los actores principales de esta tragedia. Pudo haber recargado fuertemente la pintura en su indignacion habitual, cuando se trataba de las injurias hechas á los



Indios huyendo de los españoles á los bosques.

indios; pero por la coincidencia de diversos relatos, y por muchos casos que hablan por ellos mismos, la escena debió haber sido sangrienta y atroz. Oviedo,

alto panegirista de la justicia, devocion, caridad y afabilidad de Ovando, y de su bondadoso trato de los indios, y que visitó la provincia algunos años despues,



Casa de un indio principal.

recuerda varias de las anteriores circunstancias, especialmente el juego del herron en que con tanta sangre fria estaba el gobernador divirtiéndose al ir á comenzar tan tremendo acto; y la quema de los caciques, que dice fueron mas de cuarenta. Diego Mendez, que estaba entonces en Jaragua, y sin duda se hallaria presente en ocasion tan importante, dice incidentalmente en su última voluntad y testamento, que hubo ochenta y cuatro caciques quemados ó ahorcados. Las-Casas recuerda que entraron en la casa ochenta caciques con Anacaona. El destrozo de la multitud debió ser grande, y se comió contra una muchedumbre desarmada é indefensa. Varios que escaparon, huyeron en sus canoas á una isla llamada Guanabo, á unas ocho leguas de distancia. Se les persiguió aprisionó y condenó á la esclavitud.

La princesa Anacaona fue conducida á Santo Domingo cargada de cadenas. Se les concedió la apariencia de un proceso criminal, en que salió inculpada por las declaraciones que el tormento arrancó á sus súbditos, y por el testimonio de sus verdugos, y fue ahorcada ignominiosamente en presencia del pueblo, á quien tanto y por tanto tiempo habia protegido. Oviedo ha tratado de manchar el carácter de esta desventurada princesa, acusándola de disoluta: pero tenia por costumbre acriminar el carácter de los principes indios que perecian víctimas de la ingratitud é injusticia de sus compatriotas. Los escritores contemporáneos de mayor autoridad concurren en pintar á Anacaona como notable por su dignidad y carácter. La adoraban sus súbditos tanto, que ejercia sobre ellos una especie de dominio aun en los dias de su hermano: se dice, que era hábil en la composicion de los areitos ó romances históricos de su nacion; y pudo haber contribuido mucho á aquel grado de superior refinamiento notable entre su gente. Su gracia y belleza le habia dado nombradía por toda la isla, y excitado la admiracion del español como del salvaje. Su espíritu magnánimo se manifestó en el amistoso trato que tuvo con los blancos; y aunque su marido, el bravo Caonabo, habia perecido prisionero entre ellos, tuvo en su poder muchas partidas de españoles indefensos, que vivian seguros en sus dominios. Despues de haber descuidado por mu-

chos años las frecuentes y seguras ocasiones de venganza que se le presentaban, cayó víctima del absurdo cargo de haber conspirado contra una fuerza armada de cerca de cuatrocientos hombres, y entre ellos setenta caballos, capaces de haber subyugado grandes ejércitos de desnudos indios.

Despues de la carnicería de Jaragua continuó aun la destruccion de sus habitantes. El sobrino favorito de Anacaona, el cacique Guaora, que habia huido á las montañas, fue cazado como una fiera, y acabó tambien en la horca. Por seis meses continuaron los españoles devastando el pais á pié y á caballo, bajo pretexto de apagar las sediciones; porque donde quiera que los espantados indios se refugiaban en su desesperacion, juntándose en tristes cavernas ó en lo mas enriscado de las montañas, se decia que estaban reuniéndose armados para fomentar la rebelion. Habiéndolos al fin sacado de su retiro, destruido á muchos, y reducido los vivos á la miseria mas deplorable, y á la sumision mas baja, se consideró toda aquella parte de la isla restablecida al buen orden; y en conmemoracion de este grande triunfo fundó Ovando una ciudad cerca del lago, á que puso Santa Maria de la verdadera paz.

Tal es la historia trágica de la deliciosa region de Jaragua, y de sus amables y hospitalarios habitantes; lugar en que los europeos, segun sus propias pinturas, hallaron un perfecto paraíso, pero que por sus viles pasiones llenaron de horror y desolacion.

CAPITULO III.

GUERRA CONTRA LOS NATURALES DE HIGUEY.

(1504.)

Se ha relatado la subyugacion de cuatro de las soberanías de Española, y el desastroso fin de sus caciques. Bajo la administracion de Ovando se sometió tambien Higüey, el último de estos independientes distritos.

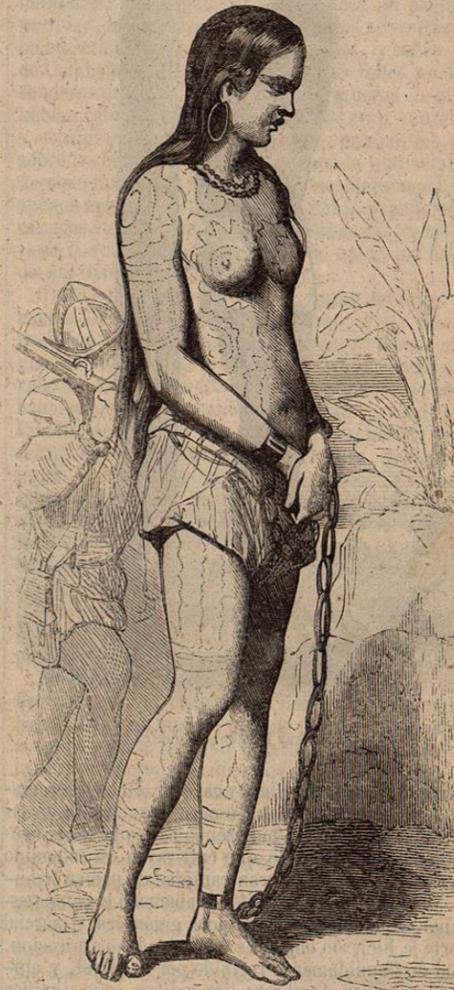
La gente de Higüey era de espíritu mas guerrero que la de las otras provincias, habiendo aprendido á usar sus armas en frecuentes guerras con los invasores caribes. Los regia un cacique llamado Cotabanamá. Las-Casas describe á este caudillo por observacion personal, y le representa como verdadero héroe indio. Era, dice, el mas fuerte de su tribu, y de mas perfectas formas que un hombre entre mil de cualquier nacion. Mas alto de estatura que el mas alto de sus paisanos, de una vara de espalda de hombro á hombro, y el resto de su cuerpo de admirable simetria. Su rostro no era hermoso, sino grave y osado. No podia un hombre comun doblar fácilmente su arco; las flechas tenian tres puntas de espina de pescado; y todas sus armas parecian destinadas para uso de un gigante. En una palabra, tenia tan colosales proporciones, que era la admiracion hasta de los españoles mismos.

Mientras estaba Colon empeñado en el cuarto viaje, y poco despues de entrar Ovando en el gobierno, se insurreccionó este cacique con su gente. Sorprendieron á una chalupa con ocho españoles en la pequeña isla de Saona, adyacente á Higüey, y dieron muerte á toda la tripulacion, para vengar á un cacique, despedazado sin provocacion alguna por un perro que un español soltó contra él, y por lo cual los naturales habian pedido en vano justicia.

Ovando despachó sin tardanza á Juan Esquivel, oficial bizarro, á la cabeza de cuatrocientos hombres, para apagar la insurreccion, y castigar el asesinato de los marineros. Cotabanamá juntó sus soldados, y se preparó para una vigorosa resistencia. Desconfiando de la misericordia de los españoles, rehusó escuchar los ofrecimientos de paz, y combatió con alguna ventaja de los naturales. Los indios habian ya vencido su creencia supersticiosa de ser los blancos entes sobrenaturales, y aunque no podian resistir la superioridad

TOMO I.

de las armas europeas, manifestaban un valor y destreza que los hacia enemigos no despreciables. Las-Casas y otros historiadores relatan un audaz y romántico encuentro entre un solo indio y dos caballeros montados. Valtenebro y Portovedra, en que el indio, aunque atravesado por las lanzas y espadas de ambos enemigos, retuvo su fiereza y continuó el combate, hasta caer muerto despues de haberles quitado las armas. Esta noble accion, dice Las-Casas, era pública y notoria.



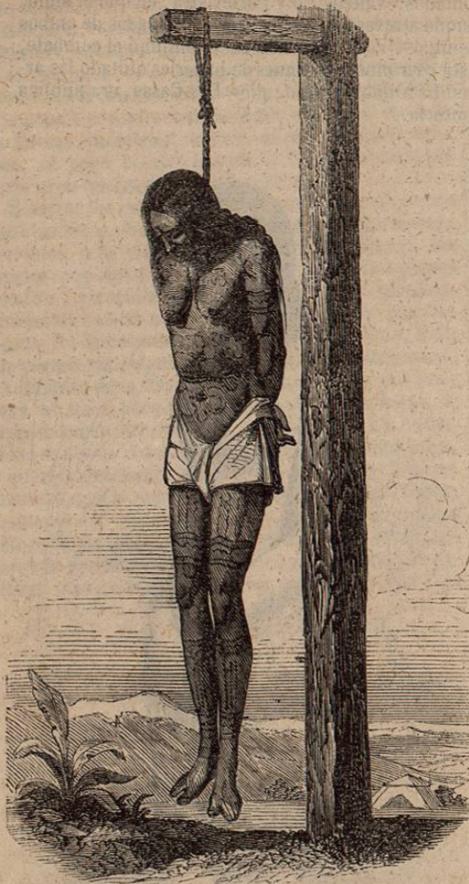
Prision de la reina Anacaona.

Los indios quedaron pronto derrotados, y huyeron á las montañas. Los persiguieron los españoles á sus mas recónditas guaridas, descubrieron sus mujeres é hijos, y en ellos tomaron señalada venganza, entregando á las llamas los caudillos. Una anciana cacique, muy distinguida, llamada Higuanama, fue hecha prisionera y ahorcada.

Pasaron despues tropas á la isla de Saona en una carabela, para vengar la destruccion de la chalupa y su gente. Los naturales hicieron una salida desesperada, y huyeron luego. Era la isla montañosa, y estaba llena de cavernas, en que los indios buscaban refugio. Se aprisionaron seiscientos ó mas, y fueron

9

pasados por las armas. Otros habitantes sufrieron la esclavitud; y así, dice Las-Casas, quedó desierta y desolada la isla.



La anciana Higuana a ahorcarse.

Los naturales de Higuey cayeron en la desesperación, viendo que no había escape para ellos ni en las entrañas de la tierra: pidieron la paz, que se les concedió, á condición de que cultivasen un estendido territorio, y pagasen gran cantidad de pan en tributo. Concluida la paz, visitó Cotabanamá el campo español, donde sus proporciones gigantes y marcial porte le hicieron objeto de curiosidad y admiración. Fue distinguidamente recibido por Esquivel, y ambos cambiaron nombres; liga indiana, que significa perpétua y fraternal amistad. Los indios llamaron desde entonces Juan Esquivel al cacique y al jefe español Cotabanamá. Esquivel erigió una fortaleza de madera en lugar indio cerca del mar, y dejó nueve hombres en ella y un jefe llamado Martín de Villaman. Se dispersaron después las tropas, volviendo á Santo Domingo, cada individuo con la parte de esclavos que le cupo de los ganados en esta expedición.

No fue la paz muy duradera. Por el tiempo en que se enviaron socorros á Colon, para sacarlo de Jamaica, hubo otro motin en Higuey, provocado por la tiranía de los españoles y por haberse violado la capitulación hecha por Esquivel. Martín de Villaman exigió que no solo cultivasen los indios el grano estipulado, sino que le llevasen á Santo Domingo; y cuando los naturales rehusaron hacerlo, los trató con la mayor severidad. También permitía el libertinaje de su gente con las mujeres indias, y se llevaban estos

con frecuencia las hijas, hermanas y aun esposas de los tributarios. Al fin se encendió su furia, se alzaron contra sus tiranos, los asesinaron, y redujeron á cenizas su fortaleza. Solo escapó un español, y llevó las nuevas de esta catástrofe á la ciudad de Santo Domingo.

Ovando dió órdenes inmediatamente para entrar á sangre y fuego en la provincia de Higuey. Las tropas españolas se juntaron de varias partes en los confines de aquella provincia, y Juan de Esquivel tomó el mando de ellas, y de un numeroso ejército de guerreros indios aliados. Las ciudades de Higuey estaban generalmente edificadas en las montañas; y las montañas se elevaban en llanos ó plataformas, por lo común, de diez ó quince leguas de longitud y otro tanto de latitud; ásperas y breñosas, con valles de tierras encarnadas, sumamente fértiles, de donde sacaban su pan de casaba. El ascenso de una á otra plataforma sería de unos cincuenta pies; rápido y de piedra viva, y parecido á una pared trabajada con instrumentos. Cada lugar tenía cuatro espaciosas calles, de un tiro de piedra de anchura, y formando una cruz, sin árboles en ellas, ni en la plaza pública del centro.

Cuando llegaron las tropas españolas á las fronteras, se vieron hogueras de señal por las montañas, y las columnas de humo hacían de día el oficio de las llamas. Los ancianos, mujeres y niños indios se ocultaron en los lugares mas escondidos de las selvas, y los guerreros se prepararon para la batalla. Hicieron alto los castellanos en una de las selvas donde podía



Fuerte incendiado.

obrar su caballería. Se apoderaron de algunos indios con ánimo de saber por ellos los planes y fuerzas del enemigo. Les dieron tormento para ello, pero en vano; tan acendrada era la lealtad de aquellos pueblos.

CAPITULO IV

CONCLUYE LA GUERRA DE HIGUEY.—DESTINO EE COTABANAMÁ.

(1503.)

DURANTE la mañana que siguió á la acción no se descubrió un indio. Viendo que hasta su grande jefe Cotabanamá era incapaz de resistir las proezas de los blancos, abandonaron su causa y huyeron á las montañas. Los españoles separándose en pequeñas partidas, los cazaban como animales silvestres; su objeto era apoderarse de los caciques, y sobre todo de Cotabanamá. Exploraron todos los valles y ocultos senderos que conducían á las madrigueras en que se habían refugiado los salvajes. Estos eran cautelosos y astutos en su modo de retirarse; pisaban los unos sobre las huellas de los otros, de modo que veinte no dejaban mas señal que uno; y tan lijamente, que apenas movían la yerba; pero había españoles tan diestros en cazar indios, que hallaban sus trazas hasta en la vuelta de una hoja seca y entre las huellas de mil diversos animales.

También oían desde lejos el humo del fuego que hacían los indios cuando se paraban, y así los sorprendían en sus mas secretos asilos. A veces, si cogían un solo indio, le obligaban con tormento á revelar el sitio donde estaban sus compañeros; le ataban después por el cuello, y le hacían servir de guía. Cuando descubrían uno de los albergues en que se refugiaban los ancianos y los enfermos, débiles mujeres é indefensos niños, les daban desapiadada muerte. Quisieron inspirar terror por aquel pais, y amedrentar la tribu entera para someterla. Cortaban las manos á los que encontraban sueltos, y los enviaban, como ellos decían, á entregárselas en vez de cartas á sus paisanos, pidiéndoles que se rindiesen. Innumerables fueron, dice Las-Casas, los que quedaron amputados de este modo, y muchos de ellos espiraron de dolor y desangrados.

Se deleitaban los conquistadores en ejercer estrañas é ingeniosas crueldades. Hacían horcas anchas y bajas, de modo que los pies de los pacientes tocasen la tierra y fuese larga su muerte. Ahorcaban trece á la voz en reverencia, dice indignado Las-Casas; de nuestro bendito Salvador y de los doce apóstoles. Mientras estaban las víctimas suspendidas y todavía vivas, las cortaban y macheteaban con las espadas para probar su fuerza y su filo. Las envolvían en paja bien seca, y les pegaban fuego; y así terminaban su existencia en la mas fiera agonía.

Son horribles estos pormenores; y eso que se han cubierto con un velo otros mas detestables todavía. Los refiere el venerable Las-Casas, testigo de vista de las escenas que describe. Era jóven entonces, pero habla de ellos en sus postreros años. «Todas estas cosas», dice, y otras repugnantes á la naturaleza humana, mis propios ojos las vieron; y ahora casi temo repetir las, apenas creyéndome á mí mismo, y dudando si habrán sido sueños.»

Se hubieran suprimido estos hechos en la presente obra, vergonzosos para la humanidad, porque su autor no quisiera mancillar el honor de una nación valiente, noble y generosa. Pero sería separarse de la verdad histórica, teniendo los documentos delante de los ojos, pasar en silencio actos tan atroces, recordados por testigos cuya veracidad no puede dudarse. Estas ocurrencias hacen ver hasta dónde llega la crueldad humana, cuando la estimulan la avaricia, la sed de la venganza ó un celo mal entendido por la causasanta de la religion. Todas las naciones han dado á su vez pruebas de esta verdad vergonzosa. Pero como sucede en el caso que ahora se discute, son generalmente los crímenes de los individuos mas bien que los de los estados. Por eso debe un gobierno vi-

hacia sus caciques. Los españoles penetraron en el interior. Hallaron los guerreros de varias ciudades juntos en una, formados en las calles con sus arcos y flechas, pero perfectamente en cueros y sin armas defensivas. Lanzaron tremendos alaridos con una descarga de flechas; pero desde tan lejos, que no alcanzaron á los españoles: estos contestaron con sus ballestas y dos ó tres arcabuces, pues se hallaban entonces con pocas armas de fuego. Cuando vieron los indios caer muertos á varios de sus camaradas, huyeron precipitadamente; rara vez esperaban el ataque de las espadas: algunos de los heridos, en cuyos cuerpos habían penetrado las flechas hasta las mismas plumas, se las arrancaron con las manos, las quebraron con los dientes, se las arrojaron con inútil furia á los españoles, y cayeron muertos en el acto.

Toda la fuerza indiana quedó derrotada y dispersa. Cada familia ó banda de vecinos, huyó en su propia dirección, y se ocultó en la espesura de las montañas. Los españoles los persiguieron, pero hallaron la caza difícil entre bosques cerrados y quebradas y peñascosas alturas. Tomaron por guías á varios prisioneros, haciéndoles sufrir increíbles tormentos para que hiciesen traición á sus paisanos. Los llevaban delante de ellos atados con sogas por el pescuezo; y algunos, al pasar por las márgenes de los precipicios, repentinamente se arrojaban en ellos, esperando arrastrar consigo á los españoles. Cuando al fin descubrían sus perseguidores á los infelices indios que estaban ocultos, no perdonaban sexo ni edad; hasta las mujeres en cinta y madres con sus niños en los brazos, caían traspassados por aquellos desapiadados hierros.

De allí salió Esquivel á atacar la ciudad donde residía Cotabanamá, y en que había juntado mucha fuerza para defenderse. Marchó en derechura hacia ella por la costa del mar, y llegó al sitio donde dos caminos conducían á la ciudad por la montaña. Uno de ellos era cómodo, y convidaba á subir por él; no tenía ramas ni arbustos que impidiesen la marcha. En él habían establecido los indios una emboscada que atacase la retaguardia española. El otro camino estaba casi impracticable á causa de los muchos árboles y arbustos que por él se veían arrojados. Esquivel era prudente y cauteloso; sospechó la estratagema, y escogió el mal camino. Distaba la ciudad como legua y media del mar. Los españoles se abrieron paso con mucha dificultad por la primera media legua. La circunstancia de estar el resto del camino libre de todo obstáculo, confirmó la sospecha de Esquivel. Avanzaron rápidamente; y llegados cerca de la población, se volvieron con velocidad sobre el otro camino, sorprendieron la partida emboscada, é hicieron en ella grande matanza con las ballestas.

Los guerreros salieron entonces de donde estaban ocultos, é hicieron repetidas descargas de flechas; pero á tal distancia, que generalmente no hacían daño. Se aproximaron después mas, y comenzaron á tirar piedras con las manos, no conociendo el uso de la honda. En vez de desmayar al ver morir á sus compañeros, se aumentaba su furia, que espresaban con horribles alaridos. Una irregular batalla se siguió á estas operaciones, y duró desde las dos de la tarde hasta la noche. Las-Casas se halló presente; y según su narración, debieron de dar los indios ejemplos de grande valor personal, aunque la inferioridad de sus armas, y la falta de armaduras hicieron su bizarría del todo estéril. Al cerrar la noche cesaron las hostilidades, y en sus tinieblas se marcharon los indios á las espesuras de las selvas vecinas. Un profundo silencio siguió á sus alaridos y gritos de guerra, y los españoles permanecieron toda la noche en pacífica posesión de la ciudad.

gilar cautelosamente á aquellos delega el poder en una remota y desamparada colonia.

Pronto se apercibió Juan Esquivel de que con toda su severidad sería imposible subyugar la tribu de Higuey, en tanto que estuviese libre el cacique Cotabanamá. Aquel caudillo se había retirado á la pequeña isla de Saona, á dos leguas de la costa de Higuey, en el centro de la cual, en un laberinto de rocas y selvas, vivía en una caverna con su mujer y sus hijos.

Esquivel empleó para apoderarse del cacique una carabela recién llegada de Santo Domingo con provisiones. Sabía que tenía el cacique mucha vigilancia y escuchas sobre las elevadas rocas de la isla, por lo que salió de noche en su buque con cincuenta hombres; y manteniéndose dentro de las oscuras sombras que la tierra producía, llegó al amanecer sin ser visto á Saona. Ancló cerca de tierra detras de ciertos picos y bosques que le ocultaban, y desembarcó cuarenta hombres, antes que los espías de Cotabanamá hubiesen tomado sus puestos. Fueron sorprendidos dos de ellos y presentados á Esquivel, quien despues de haber sabido que el cacique estaba cerca, quitó la vida al uno y tomó al otro por guía.

Varios españoles iban delante, deseosos de distinguirse con la captura del cacique. Llegaron á dos caminos, y toda la gente tomó por el de la derecha, menos un tal Juan Lopez, hombre fuerte y diestro en la guerra india. Siguió este una senda por la izquierda que serpenteaba entre montecillos y colinas tan arboladas, que era imposible distinguir objeto alguno á medio tiro de ballesta. A deshora, en un estrecho paso oscurecido por muchos árboles y altas rocas, encontró doce guerreros indios armados de flechas y arcos, y siguiéndose unos á otros segun su costumbre. Los indios quedaron confundidos al ver á Lopez, imaginando que le seguía alguna tropa. Hubieran podido fácilmente traspasarle con sus flechas, pero les faltó serenidad. Les pidió Lopez su caudillo. Respondieron que estaba detras, y abriéndole ellos paso, entró y descubrió al cacique á retaguardia. A vista del español, dobló el cacique su formidable arco, y estaba para salir la flecha, cuando se precipitó Lopez sobre él, y le hirió con la espada. Los otros indios habían ya huido llenos de terror. Cotabanamá, desanimado al sentir el corte de la espada, gritó que se llamaba Juan de Esquivel, pidiendo se le respetase por haber trocado nombre con el caudillo español. Lopez le cogió con una mano por los cabellos, y con la otra le marcó una estocada en el pecho; pero le quitó la espada el cacique, y cerrando con él, le arrojó de espaldas sobre las rocas. Como eran los dos hombres de grandes fuerzas, fue la lucha larga y violenta. La espada estaba debajo de ellos, y Cotabanamá quiso ahogar al español, y le asió por la garganta con su terrible mano. El ruido de la lucha atrajo á otros españoles. Hallaron á su compañero retorciéndose ya sin aliento y casi muerto entre las manos de aquel colosal indio. Cogieron y ataron al cacique, y le llevaron cautivo á un lugar de las cercanías. Descubrieron tambien la cueva donde había vivido; pero su mujer á hijos; sabida su captura por los indios fugitivos, se refugiaron en otra parte de la isla. Se halló en la cueva la cadena con que habían sido aprisionados varios cautivos indios, que habiendo dado muerte á tres españoles que los llevaban, se escaparon á aquella isla. Tambien estaban allí las espadas de los españoles, ofrecidas como trofeos al cacique. La cadena sirvió para asegurar á Cotabanamá.

Se prepararon los españoles para dar muerte al caudillo en el acto mismo y en la plaza del desierto, lugar en que estaban. Para esto erigieron una pira en que quemarlo. Pero luego creyeron oportuno aplazar este horrible sacrificio. Concediéndole una corta tregua, lo llevaron á bordo del buque, envián-

dolo á Santo Domingo. Ovando lo vió en su poder, é incapaz de hacer mas daño; pero no tuvo la magnanimidad de perdonar á un vencido, cuyo solo crimen era defender su patria y sus legítimos territorios. Mandó que se le ahorcase públicamente como á un malhechor. Así acabó el cacique Cotabanamá, último de los cinco príncipes soberanos de Hayti. Su muerte fue seguida de la completa subyugación de la tribu de Higuey. Quedó la isla casi desierta de sus habitantes originales, y una resignada y triste sumisión, y una desesperación muda se apoderó de los pocos que sobrevivieron.

Tal fue el cruel sistema seguido en la ausencia del Almirante por el gefe Ovando, aquel hombre de ponderada prudencia y moderación, enviado á reformar los abusos de la isla, y sobre todo á reparar los males de los indios. El sistema de Colon nunca fue cruel ni sanguinario. No hizo inútiles devastaciones ni impuso castigos dictados por la venganza. Su deseo era civilizar á los indios, y hacerlos súbditos útiles, no oprimirlos, perseguirlos ni destruir su raza. Cuando vió la desolación que se los había llevado de sobre la haz de la tierra mientras su autoridad estuvo suspendida, no pudo reprimir la fuerte espresion de sus sentimientos. En una carta escrita al rey despues de su vuelta á España, se espresa así sobre este asunto. «Los indios de Española eran y son la riqueza de la isla; porque ellos son los que cultivan y hacen el pan y las provisiones para los cristianos, los que cavan el oro de las minas, y hacen todos los oficios y trabajos del hombre y de la bestia. Seme ha dicho que desde que yo dejé la isla, las seis séptimas partes de los naturales han muerto, todos por mal trato é inhumanidad; muchos por la espada; mas á golpes y por el mal uso, y otros de hambre. La mayor parte ha perecido en las montañas y valles, adonde huyeron por no poder resistir el trabajo que se les imponía.» Por su parte, añade, que aunque había enviado muchos indios á vender á España, era siempre con la intencion de que se les instruyese en la fé cristiana, y en las artes y usos de la civilización, y volviesen despues á la isla á favorecer los adelantos de sus paisanos.

El breve bosquejo que se ha dado de la política de Ovando, en ciertos puntos en que se censura á Colon, puede dar al lector medios de valuar con mas precisión la conducta de este. No debe examinársele, sin examinar al mismo tiempo la era en que vivía. Comparando sus medidas con las de hombres de sus mismos tiempos, celebrados por sus virtudes y talentos, puestos en la misma situacion espresamente para corregir sus faltas, veremos cuán virtuosa y sábiamente gobernaba Colon en las circunstancias particulares de que estaba rodeado.

LIBRO XVIII.

CAPITULO PRIMERO.

SALE COLON PARA SANTO DOMINGO.—REGRESA A ESPAÑA.

(1504.)

El 28 de junio se despidió Colon de los buques naufragos en que por tanto tiempo había vivido encerrado, embarcándose todos los españoles; amigos y enemigos, á bordo de los que vinieron de Santo Domingo. Dice Oviedo, que lloraron los indios cuando vieron su partida, porque los consideraban hombres bajados del cielo. Del Almirante, en efecto, habían recibido bondadoso trato y beneficios; y la idea de su favor é influencia con la Divinidad, mostrada en la predicción del eclipse de luna, pudo haberles hecho considerar su presencia propicia para la isla; pero no es fácil de creer que una desalmada gavilla como la de

Porrás hubiese andado vagando meses enteros por aquellas poblaciones, sin darles causa para que los viesen ir con infinita alegría.

Los contrarios vientos y corrientes que se habían opuesto á Colon en todo este infortunado viaje todavía continuaron molestándolo. Despues de una fatigosa lucha de alguna semana llegó al fin el 3 de agosto á la pequeña isla Beata, junto á la costa de la Española. Entre esta y Santo Domingo son tan fuertes las corrientes, que suelen estar los buques detenidos meses enteros, esperando vientos casi impetuosos para vencerlas. Colon despachó por tierra una carta á Ovando, para avisarle su llegada y disipar ciertas sospechas absurdas, que segun Salcedo, mantenía el gobernador acerca de sus intenciones, temiendo que su arribo á la isla pudiese ser ocasion de alborotos. Espresaba en ella, con su genial calor y sencillez, la alegría que experimentaba al verse libre, la cual era tan grande, que desde la llegada de Diego de Salcedo con los bajeles apenas había podido cerrar los ojos.

Apareciendo una brisa favorable, se dieron los buques de nuevo á la vela, y el 13 de agosto anclaron en el puerto de Santo Domingo. Cualquiera enemistad que contra Colon pudiese haber existido, quedó sepultada por el sentimiento general de sus recientes desastres. La desgracia lava millares de faltas, al paso que estimula á la detraction los mismos méritos de un hombre afortunado. En Santo Domingo, adonde en el dia de su poder habían rodeado á Colon multitud de enemigos, de donde se le había sacado con ignominia, cargándole de hierros entre la gritería é insultos del populacho; de donde se le había escludido en tiempo de peligro cuando mandaba una escuadra; al arribar al puerto abatido y naufrago, todos olvidaron su enemistad, llenándose en su favor de repentino entusiasmo. Lo que se negó á su mérito, se concedió á sus infortunios; y hasta los envidiosos, apaciguados á la vista de tantos reveses, parecían perdonarle el que una vez hubiese gozado tan altos triunfos.

Salieron á recibirle el gobernador y los principales habitantes con muestras de señalada distincion. Se hospedó en casa de Ovando, que lo trató con la mayor atencion y cortesía. El gobernador era muy sagaz y cortesano; pero había entre él y Colon causas de celos y desconfianzas demasiado graves para que fuese cordial su trato. El Almirante y don Fernando su hijo creían la urbanidad de Ovando forzada y falaz, y sin otro objeto que el de borrar la memoria de su anterior negligencia, y ocultar su enemistad presente. En tanto que demostraba la mayor amistad por el Almirante, puso en libertad al traidor Porrás, cuya causa se debía sustanciar en España. Tambien habló de castigar la gente del Almirante que había tomado armas en su defensa, muerto varios rebeldes y aprisionado á otros. Colon se quejó altamente de estos procedimientos, que nacieron, empero, de una cuestion jurisdiccional entre él y el gobernador. Estaban tan indefinidas las facultades de ambos, que intervenían las del uno con las del otro, poniendo á los dos en situacion comprometida. Ovando usaba el derecho de conocer en todas las transacciones de Jamáica, por estar dentro de los límites de su gobierno. Colon por su parte reclamaba el mando absoluto, y la jurisdiccion civil y criminal que le habían dado los soberanos desde el tiempo de la partida hasta su regreso á España. Para probarlo manifestó su carta de instrucciones. El gobernador le oyó con grande cortesía y risueño semblante; pero observó que aquellas instrucciones no le daban autoridad dentro de los límites de su gobierno. Abandonó, sin embargo, la idea de someter á examen la conducta de los que iban con Colon, y envió á Porrás á España á que fuese juzgado por el tribunal superior de las Indias.

Colon en Santo Domingo no podía encontrar satis-

TOMO I.

faccion. Le dolía la desolación de la isla por el trato opresivo de los naturales, y la horrible carnicería que Ovando y sus agentes habían cometido. Esperó Colon con dulce confianza poder hacer á los indios súbditos civilizados, industriosos y tributarios de la corona, y sacar de su regular trabajo una renta grande y constante. ¡Cuán diferentemente había todo sucedido! Las cinco tribus numerosas que poblaban los valles y montañas cuando el descubrimiento, y habían hecho con sus ciudades y lugares y cultivados terrenos otros tantos jardines pintados de las ricas llanuras de la Vega, casi todas habían desaparecido y fenecido los mas de los príncipes nativos con muertes violentas ó ignominiosas. Colon miraba los negocios de la isla con diferente ojo que Ovando, pues tenía un sentimiento paternal por su prosperidad, y hasta su suerte estaba ligada á la de la isla. Se quejó en sus cartas posteriores á los soberanos, de que estaban mal conducidos los negocios públicos; que el acopio de minerales estaba indefenso en grandes cantidades, y en casas débilmente labradas y cubiertas, convidando á las depredaciones; que no era Ovando popular; la gente disoluta, y la propiedad de la corona y la seguridad de la isla estaban en continuo riesgo de sediciones y motines. Mientras todo esto veía, se le prohibía la menor intervencion, y cualquiera observacion de su parte debía esperar fuese mal acogida del gobernador.

Encontró en la mayor confusion sus negocios inmediatos. O bien estaban por recoger sus rentas, ó no obtenía claras y plenas liquidaciones de las ya recogidas. Todo lo que pudo juntar tuvo que aplicarlo al armamento de los buques que debían llevarlo á él y su gente á España. En sus cartas posteriores acusa á Ovando de haber abandonado, si no sacrificado sus intereses durante su larga ausencia, y de haber puesto obstáculos á los destinados para atender á aquellos negocios. Aparece que tuvo algun fundamento para aquellas quejas de dos cartas aun existentes, escritas por la reina Isabel á Ovando en 27 de noviembre de 1503, en que le informa de la queja de Alonso Sanchez de Carvajal de habersele impedido juntar las rentas del Almirante; y expresamente le manda á Ovando que observe las capitulaciones concedidas á Colon, que respete su comisionado y que le facilite, en vez de impedirle, el cumplimiento de sus deberes. Estas cartas indican una conducta poco generosa de parte de Ovando hacia su ilustre predecesor, al mismo tiempo, que el interés personal que tomaba Isabel en los intereses de este durante su ausencia. Ya había la reina hecho ver, en efecto, su desagrado de que se le negase la entrada en el puerto de Santo Domingo, cuando pidió socorro para la escuadra y refugio de la tormenta; y había censurado á Ovando por no tomar su consejo, y detener la escuadra de Bobadilla; medida que habría evitado muchos desastres. Yes de advertir que los actos sangui-narios de Ovando contra los indios, en particular la matanza de Jaragua y la ejecucion de la desventurada Anacaona, inspiraron á Isabel tanta indignacion como horror: ya estaba en su lecho de muerte cuando recibió aquellas noticias, y con el postrer aliento recibió del rey Fernando la promesa de que Ovando sería destituido inmediatamente de su gobierno. Se cumplió mal y tarde esta promesa, despues de un intervalo de cuatro años, y aun no hasta que otras circunstancias movieron al rey, porque Ovando lo propiciaba, hallando modo de forzar una renta considerable de la isla.

Las incesantes reyertas entre el gobernador y el Almirante, aunque siempre calificadas por aquel con la mayor complacencia, indujeron á Colon á apresurar cuanto le fue posible su partida de la isla. El buque en que había vuelto de Jamáica, se reparó y equipó, y se puso bajo el mando del Adelantado, lle-